SOBRE GEOGRAFÍA LINGÜÍSTICA DEL ESPAÑOL DE AMÉRICA

PILAR GARCÍA MOUTON
Instituto de Filología. CSIC

La geografía lingüística nació europea y en Europa ha tenido hasta ahora sus mayores logros. Desde los grandes atlas fonéticos, como el de Francia, pasando por el innovador *Atlas Italo-Suizo*, hasta los atlas regionales más elaborados. Y, junto a ellos, las grandes empresas internacionales, como el *Atlas Linguarum Europae* o el proyecto del *Atlas Lingüístico Románico*.

De la mano de lingüistas europeos la metodología pasó hace tiempo a América y allí se planearon nuevos trabajos. En 1931, Jakob Jud, uno de los directores del AIS, acompañado por su colaborador Paul Scheuermeier, viajó a los Estados Unidos para entrenar en las técnicas de encuesta a los investigadores del *Atlas Lingüístico de los Estados Unidos y Canadá,* del que el *Atlas Lingüístico de Nueva Inglaterra,* publicado por Hans Kurath entre 1939 y 1943, sería el principal logro [1].

En Hispanoamérica, las labores de geografía lingüística están relacionadas con las españolas, al tiempo que reciben otras influencias y tratan de incorporar nuevas concepciones teóricas o distintas maneras de abordar la investigación. Y es que la realidad americana planteó desde un principio no sólo problemas prácticos casi insalvables, sino también dudas en cuanto a la validez metodológica de la geolingüística en su aplicación a aquellas tierras. De hecho, si en Europa sus tareas se centraban en territorios relativamente bien conocidos desde el punto de vista lingüístico, y, en algunos dominios,

---

[1] *Vid.* la intervención de Allan Metcalf en la mesa redonda "Dove va la dialettologia? I", *Quaderni di semantica,* XII, 2, 1991, págs. 298 y sigs., y el artículo de E. Bagby Atwood, "The Methods of American Dialectology" (1963), ahora en *Dialect and Language Variation,* ed. por Harold B. Allen y Michael D. Linn, California, Academic Press, 1986, págs. 63-97.

casi se podía afirmar que su misión era la de fijar unos límites, la vitalidad y la importancia de lo que ya se conocía o se había detectado, para América la situación era bien distinta.

En España, a pesar de las encuestas del *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica,* la década de los cuarenta mantenía la carencia (que se mantuvo hasta los sesenta) de un atlas general del que se pudiera partir; pero se tenía conocimientos de un dominio relativamente abarcable que permitieron avanzar, quemar etapas, como hizo Manuel Alvar con sus atlas regionales. En América el español se extendía por un territorio enorme y su vida allí era más "reciente"; además, junto a zonas muy estudiadas, había otras muchas de las que no se poseía siquiera una descripción elemental.

Desde 1927, T. Navarro Tomás trabajaba sobre Puerto Rico y en 1948 publicó su estudio, que en realidad es un pequeño atlas, con el subtítulo *Contribución a la geografía lingüística hispanoamericana.* Propone en él trabajos monográficos, con la misma orientación geográfica, para estudiar el español de Chile, el de Santo Domingo y el de las repúblicas centroamericanas [2]. Así se podría saber hasta qué punto "las lenguas europeas extendidas por el Nuevo Mundo han creado una geografía lingüística americana" y si en América era válido el mismo método que se había venido aplicando en territorios con lenguas y dialectos de vida larga. Advertía en este sentido: "Frente a la estabilidad tradicional, base de la geografía lingüística, se oponen en los países más extensos y desarrollados de América, las grandes ciudades cosmopolitas, los inmensos espacios despoblados, las continuas corrientes de inmigrantes, los cambios de residencia de masas de habitantes bajo la invitación de nuevas empresas" [3].

Unos años antes, Navarro Tomás había publicado, en el Instituto de Filología de Buenos Aires, su *Cuestionario Lingüístico Hispanoamericano. I. Fonética, Morfología, Sintaxis.* Alude en él al mismo problema que se ha venido perpetuando hasta hoy, el de la dificultad de obtener noticias e información sobre el español de muchos países americanos, y plantea su *Cuestionario* como alternativa provisional al *Atlas Lingüístico de Iberoamérica,* tarea que "sólo podría ser realizada por un grupo de colaboradores especialmente preparados" [4]. Escrito en lenguaje asequible, apunta allí la necesidad de estudiar metódicamente un número determinado de sujetos, de atender a posibles diferencias entre personas de distintas edades y entre hombres y mujeres. Recomienda utilizar hablantes iletrados, de instrucción media y

[2] *El español en Puerto Rico. Contribución a la geografía lingüística hispanoamericana,* Río Piedras, Ed. Universitaria, Univ. de Puerto Rico, 1974³.

[3] *Ibidem,* pág. 9, nota 1.

[4] Buenos Aires, 1945². En 1962, Navarro Tomás volvía a referirse a la utilidad de un atlas lingüístico de cada país en el prólogo a *La pronunciación del español en América* de D. L. Canfield, publicado en Bogotá (pág. 8).

cultos [5]. Con el *Cuestionario* quiere "intensificar el estudio del español hablado en América sobre el fondo general de la lingüística hispana", reuniendo en él "la experiencia recogida en la investigación de las hablas peninsulares y la información hallada en los autores que han tratado esta materia en relación con los países hispanoamericanos" [6]. Además de impulsar diversos proyectos, debió influir en las conclusiones del IV Centenario de Cervantes, en las que se recogió como tema III: "La asamblea acuerda reconocer por unanimidad la conveniencia de que todas las comunidades políticas de lengua hispánica comiencen los trabajos necesarios para la redacción del atlas lingüístico de su país. Señala asimismo el interés de que estas investigaciones se lleven a cabo en el área lingüística de las Islas Canarias" [7], alusión al hecho de que las Canarias hubieran quedado fuera del *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica.*

En 1958 J. P. Rona publicaba en Montevideo *Aspectos metodológicos de la dialectología hispanoamericana* [8]: allí afirmaba que, a pesar de los importantes trabajos de dialectología, los materiales que se poseían eran fragmentarios y "carecían generalmente de una fundamentación metodológica" que permitiera compararlos con trabajos semejantes, por lo que no se había podido superar la fase meramente descriptiva. Sus propuestas apuntaban a la necesidad de incluir entre los objetos de la dialectología hispanoamericana también los niveles "no populares", tratando como variedades dialectales las normas cultas. Y ello "*para todo el Continente,* considerado como un solo conjunto" [9]. Sólo así se podría responder a cuestiones básicas como la división dialectal americana o la ausencia/presencia de un fenómeno dado. Al admitir la necesidad de comparar las hablas de todas las regiones de América, reconoce que "esta necesidad metodológica nos lleva indudablemente a la geografía lingüística, puesto que esta múltiple comparación sólo puede hacerse mediante la aplicación de los métodos propios de esa disciplina" [10]. Esta necesidad se evidenció cada vez que se quiso trabajar seriamente sobre el español de América, porque mientras de algunos sitios faltaba información, de otros, lo publicado no era útil. Rona insiste en la oportunidad de un solo cuestionario para todo el continente, no tan complicado como el de T. Navarro Tomás, o quizá mejor de cuestiones parciales por fenómenos, que de-

[5] *Ibidem,* págs. 16-17.

[6] *Ibidem,* pág. 20. El estudio sobre Puerto Rico fue la continuación de sus tareas geolingüísticas, interrumpidas por la Guerra Civil española en lo relativo a su dirección del ALPI.

[7] *RFE,* XXXII, 1948, pág. 557.

[8] J. P. Rona, *Aspectos metodológicos de la dialectología hispanoamericana,* Montevideo, Univ. de la República, 1958.

[9] *Ibidem,* pág. 10.

[10] *Ibidem,* pág. 19.

limitasen geográficamente la información. De nuevo se ponía de manifiesto la necesidad del atlas americano que tantas veces se había reclamado.

En 1947, Luis Flórez, antiguo alumno de Navarro Tomás, viajó a Estados Unidos para entrevistarse con su maestro y con Kurath, por encargo del Instituto Caro y Cuervo. En su informe consideraba "requisito previo" a la realización del gran atlas general, "que cada país del continente haga el suyo propio. Colombia —escribe— podría ser la primera nación en iniciar su atlas lingüístico" [11]. Y lo fue.

En la época de los atlas regionales europeos, y ante la magnitud de la empresa, no es de extrañar esta postura, matizada por Juan M. Lope Blanch en 1968: "Debido a la enorme extensión territorial de la mayoría de los países hispanoamericanos, es evidente que la cartografía lingüística debería hacerse en América por regiones, no por naciones enteras" [12]. Se apoyaba en que eso era lo que se estaba haciendo en Europa, después de las propuestas de A. Dauzat. De todas formas, los atlas europeos partían de una situación diferente —como apuntamos antes— y América hubiera necesitado, al menos, un planteamiento general como el del NALF de Dauzat, que mantenía una parte en común para todos los atlas regionales franceses, ya que, al no compartir una metodología, atlas regionales y nacionales sin coordinar corrían el peligro de remitir a la situación que Rona denunciaba.

Quizá por todo lo anterior y porque seguía presente en la mente de los estudiosos del español la urgencia y la necesidad del proyecto, diecisiete años después M. Alvar y A. Quilis publicaban en el Instituto de Cooperación Iberoamericana el cuestionario del *Atlas Lingüístico de Hispanoamérica*. En la introducción, Alvar reconocía que el enunciado era "en sí mismo, sobrecogedor", pero lo veía factible. Y se apoyaba en la experiencia del *Atlas Lingüístico de España y Portugal*, que él coordinó (1.000 preguntas comunes más las del *Atlas Linguarum Europae*) [13]. Al año siguiente, 1985, comenzaron M. Alvar y A. Quilis las encuestas. En 1984, en Las Palmas, hubo mesas redondas sobre el ALH en las que sus directores buscaron colaboración entre los lingüistas americanos.

Desde el trabajo de Navarro Tomás sobre Puerto Rico, con 43 puntos de

[11] Luis Flórez, *Manual del Atlas Lingüístico-Etnográfico de Colombia*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1983, pág. 26. Flórez fue alumno de Navarro Tomás en los Estados Unidos entre 1943 y 1944.

[12] *El español de América*, Madrid, Eds. Alcalá, 1968, pág. 23.

[13] M. Alvar había trabajado sobre el léxico americano con un pequeño cuestionario que utilizó con sus alumnos de El Colegio de México, en 1963 y en cursos posteriores, y que le sirvió de prueba en muchos aspectos. En 1966 había publicado en el CSIC un *Cuestionario preliminar* para el estudio del *Léxico del español de América*, basado en el cuestionario del *Atlas Lingüístico y etnográfico de las Islas Canarias*. Tenía entonces sólo 200 preguntas.

encuesta y 76 mapas en los que se reflejaban materiales de una o dos personas entre cuarenta y sesenta años por localidad (Fonética + Léxico cercano. Subjuntivo. Diminutivo. Formas de tratamiento + cinco mapas recopilativos por áreas), se han planteado otras empresas de geografía lingüística americana.

En 1964, Arturo Agüero exponía el proyecto de un atlas lingüístico de Costa Rica, que había contado con el empuje de A. Steiger, y que trataba de estar en la línea del *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Colombia*, del ALEA y de los trabajos de T. Navarro Tomás. Se ha escrito también sobre posibles atlas de Venezuela, Nicaragua, Guatemala, El Salvador y Panamá [14].

Sin embargo, el primero en publicarse fue un atlas regional, el ALESuCh (*Atlas Lingüístico y Etnográfico del Sur de Chile*) [15]. El tomo I es de 1973; el *Cuestionario*, de 1968. En él, Guillermo Araya reconocía su deuda con los de Colombia, Andalucía, Aragón y el hispanoamericano de Navarro Tomás. Advertía que sólo encuestaban hablantes "de nivel popular" (igual que el ALEC) y recordaba la intención de Rodolfo Oroz que, ya en 1940, pensó "elaborar el mapa lingüístico de Chile", proyecto que abordó Gastón Carrillo [16]. Además de su director, trabajaron en el ALESuCh Constantino Contreras, Claudio Wagner y Mario Bernales, los tres como encuestadores y elaboradores [17]. Para el cartografiado, siguieron el modelo del *Atlas de Andalucía* que les resolvió "una gran cantidad de problemas y de perplejidades": mapas etnográficos y en transcripción fonética, junto a mapas elaborados con símbolos [18]. Cabe esperar que los materiales no publicados del ALESuCh puedan editarse pronto, ya que hoy no se dan ya las circunstancias que interrumpieron su aparición [19].

[14] Arturo Agüero, "El español de Costa Rica y su atlas lingüístico", en *Presente y futuro de la lengua española*, vol. I, Madrid, OFINES. Eds. Cultura Hispánica, MCMLXIV, págs. 135-152. Para información sobre éste y otros broyectos, es muy completo el artículo de Harald Thun, "Atlanti Linguistici dell'America Latina", *Atlanti linguistici italiani e romanzi. Esperienze a confronto*, ed. Giovanni Ruffino, Palermo, 1992, págs. 231-273.

[15] Guillermo Araya (dir.), Constantino Contreras, Claudio Wagner y Mario Bernales, *Atlas Lingüístico-etnográfico del sur de Chile (ALESuCh)*, tomo I, Valdivia, Univ. Austral de Chile, Ed. Andrés Bello, 1973.

[16] "Proyecto del Atlas lingüístico y etnográfico de Chile (ALECH)", *Cuadernos de Filología*, I, 1968, págs. 77-85. Por desgracia su muerte impidió llevar adelante una labor pensada para 300 puntos de encuesta, con un tratamiento especial por niveles en las ciudades.

[17] Todos ellos habían publicado estudios previos sobre el terreno: Claudio Wagner sobre Valdivia, Contreras y Bernales sobre Chiloé, Carlos Ramírez sobre Cautín. Para más información, *vid.* C. Wagner, "La geografía lingüística en Chile", *Estudios Filológicos*, 18, 1983, págs. 7-33.

[18] ALESuCh, I, pág. III.

[19] En la Universidad Austral de Valdivia se mantiene activo parte del equipo del ALESuCh. Allí se acaba de publicar un libro de *Relatos de la tradición popular. Re-*

Junto al ALESuCh, se pensó después en un *Atlas Lingüístico y Etnográfico del Norte de Chile* (ALENoCh)[20], del que Ángel Araya ha publicado una *Muestra cartográfica y glosario léxico del salitre* y una *Muestra cartográfica* del léxico del cobre[21].

El Instituto Caro y Cuervo de Bogotá subvencionó la gran empresa del *Atlas Lingüístico y Etnográfico* de Colombia. Luis Flórez, junto a Tomás Buesa, redactó varias versiones del *Cuestionario* entre 1954 y 1961. La primera constaba de 8.065 preguntas, y se preparó al tiempo que formaban un equipo de colaboradores. En 1956, Flórez viajó a Europa, donde visitó a los directores de los principales proyectos en marcha: a Manuel Alvar en Granada (ALEA), a Jean Séguy en Tolosa (ALG), a Mr. Pierre Gardette en Lyon (ALLy), a Terracini y Pellis en Turín (ALI), a Sever Pop en Lovaina (ALRumanía), y también a Navarro Tomás en Nueva York. En esos contactos debió cuajar la decisión de reducir drásticamente las cuestiones, primero a 2.000, en 1959, y luego a 1.500, en 1961.

El atlas se publicó entre 1981 y 1983[22]. Además de sus seis tomos, incluye un *Manual* y un *Glosario lexicográfico*, con un disco donde se recogen cantos de velorio, juegos y tratamientos. La presentación de los mapas es casi totalmente por símbolos, ya que la pluralidad de sujetos con los que se fraccionaba el cuestionario daba demasiadas respuestas, que impidieron —señala Flórez[23]— el cartografiado en transcripción fonética, con lo que ello supone de pérdida de información[24].

El ALEC fue un atlas costoso, sobre todo en años de trabajo. La primera noticia es de 1947; la publicación, de 1981-83. En el *Manual* que acompaña al ALEC, Flórez reflexiona sobre una de las dificultades de la empresa: "Podemos reconocer hoy, con base en nuestra propia experiencia, que

gión de Atacama, de Erwin Haverbeck, Gustavo Rodríguez, Luis Arán y Carlos Ramírez, que incorpora estudios lingüísticos con los que se quiere contribuir a los trabajos previos de "un atlas general del español de Chile" (pág. 22). En el norte del país, Magdalena Contardo y Victoria Espinosa, de la Universidad de Tarapaca, preparan un *Atlas Lingüístico de Parinacota (ALPA). Vid. Cuestionarios lingüísticos* del ALPA, Arica, Univ. de Tarapaca, 1991.

[20] *Vid.* Ángel Araya, "Atlas Lingüístico-Etnográfico del Norte de Chile (ALENoCh)", *Revista de lingüística teórica y aplicada*, 16, 1978, págs. 61-66.

[21] A. Araya *et alii*, *Alenoch. Muestra cartográfica. Léxico del cobre. II Región. Chile*, Antofagasta, Univ. del Norte, 1985. En ella cartografían 51 mapas que representan un 26 % del corpus disponible.

[22] *Atlas Lingüístico-Etnográfico de Colombia*, I-VI, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1981-1983.

[23] *Manual*, cit., pág. 61.

[24] Sobre los problemas de la práctica renuncia a cartografiar materiales fonéticos y los que plantea la fragmentación del cuestionario con varios informantes, *vid.* M. Alvar, "Comentarios metodológicos al *Atlas Lingüístico-Etnográfico de Colombia*", en prensa en el *Homenaje a Pérez Vidal*, La Laguna.

la pluralidad de encuestadores —de preparación e intereses disparejos— realmente fue y es un problema, en lugar de ventaja y provecho para el trabajo de terreno"[25]. Justifica, asimismo, el hecho de no incluir las lenguas indígenas porque, en 1954-55, cuando se planeó el atlas, no despertaban el mismo interés que hoy. En conjunto, el ALEC es un gran atlas que permite, en el léxico, un estudio coordinado con los atlas españoles, ya que comparte con ellos muchas cuestiones. Además de los numerosos trabajos basados en sus mapas, empiezan a surgir proyectos de alcance regional como el de un *Atlas lingüístico de Antioquia*[26].

El Colegio de México publicó en 1990 el tomo I del *Atlas Lingüístico de México*, dirigido por Juan M. Lope Blanch, que plantea la aplicación de muchos de los presupuestos teóricos que, en los últimos años, se abren camino desde la sociolingüística[27]. En 1989, y bajo el título *Frutos de una experiencia geolingüística*, Lope Blanch escribió sobre cómo, en principio, se trataba de delimitar las zonas dialectales del país, para enfocar con seguridad el planteamiento de los futuros atlas lingüísticos regionales[28]. Diez años después, pensaron que era mejor dar al proyecto forma de atlas lingüístico general. En la base de estos trabajos estaba la consideración de dos factores: el polimorfismo intenso de las hablas mexicanas y la importancia "de los factores *sociolingüísticos* dentro de la variedad dialectal de los territorios mexicanos". No se partió, pues, de intereses estrictamente geolingüísticos en la concepción del ALM.

Los materiales corresponden a siete informantes de distinto sexo, nivel sociocultural diferente y de tres generaciones sucesivas por localidad. Para Lope Blanch no era el ideal de muestreo sociolingüístico, pero serviría para detectar fenómenos que tratar en trabajos posteriores. Los mapas fonéticos sintéticos proceden de grabaciones[29] y la síntesis, muy matizada, refleja si una forma es esporádica, general, poco frecuente, medio frecuente o frecuente[30], lo que los convierte en mapas potenciales de normas o tendencias. Pero la representación de esa variedad es difícil de materializar y, a la hora de "valorar" en frecuencias, también ha debido serlo el uniformar criterios de interpretación y de transcripción de investigadores distintos. A trabajo hecho, el director del atlas se plantea si realmente merece la pena el número de informantes, el duro trabajo sobre las grabaciones para poder dibujar los

[25] *Manual*, cit., pág. 32.

[26] Amanda Betancourt Arango, "Atlas lingüístico de Antioquia", *Lingüística y Literatura*, 17, 1990, págs. 178-184.

[27] Juan M. Lope Blanch (dir.), *Atlas Lingüístico de México*, México D. F., El Colegio de México-FCE, 1990, 120 mapas.

[28] En *Estudios de Lingüística Hispanoamericana*, México, UNAM, 1989, pág. 173.

[29] *Ibidem*, pág. 176.

[30] *Ibidem*, pág. 182.

mapas sintéticos, teniendo en cuenta que los resultados son muy complejos, la duración del proyecto extrema y el costo, sumamente elevado [31].

En una reciente reflexión sobre el primer tomo del *Atlas de México*, M. Alvar, tras felicitarse por esta colección de mapas tan cargada de datos y situarla en la tradición de la geografía lingüística, pasa a considerar los riesgos de caracterizar así un solo país, perdiendo de vista un enfoque panhispánico, porque el ALM se aparta de otros atlas del español en que es exclusivamente lingüístico y no está organizado por campos semánticos, lo que hace pensar en la necesidad de los atlas regionales a los que debería preceder. Éstos volverían a enlazar con los avances geolingüísticos posteriores al AIS [32].

Resulta difícil asentar un atlas en el polimorfismo; unirlo a multiplicidad de informantes y a una transcripción detallada aboca a dificultades de lectura que sólo se pueden solucionar con mapas sintéticos. Aun así, estos mapas, al condensar tal volumen de información, utilizan fórmulas relativamente complejas para conservar "la visión espacial simultánea y coherente" propia de la geografía lingüística. Si ésta se pierde, la disposición espacial de los materiales no interesará en la mayor parte de los casos [33].

Quizá haya que tener en cuenta que el ALM no se planteó en principio como un atlas [34], de ahí que no considere determinados aspectos al margen de la delimitación de zonas dialectales. Lope Blanch lo ha apuntado así en un trabajo reciente: "El inicial propósito delimitador de zonas dialectales determinó las características generales de nuestro *cuestionario*: es exclusivamente lingüístico —no etnográfico— y, en cierto modo, un tanto asistemático, por cuanto no se organiza rígidamente —en lo que al léxico se refiere— en torno a campos semánticos cerrados; pero responde a mi objetivo diferenciador de regiones dialectales" [35]. Cumplido este objetivo, gracias al ALM se dispone hoy, además, de un gran aporte de materiales y de un instrumento precioso para la realización de los atlas regionales mejicanos.

En estos momentos hay en marcha otras empresas de geolingüística americana, todas ellas vinculadas en alguna medida al *Atlas Lingüístico de Hispanoamérica*: son el *Atlas Diatópico y Diastrático del Uruguay* dirigido por Adolfo Elizaincín y Harald Thun, el *Atlas Lingüístico y Antropológico de la República Argentina*, de cuya parte lingüística es responsable Ofelia Kovacci; el *Atlas Lingüístico de Perú*, que lleva a cabo Rocío Caravedo, y el *Atlas Lingüístico de Cuba*, proyecto descrito por Raquel García Riverón. Otros atlas ya terminados, y que pronto se editarán, son el de las Antillas y el de América Central. María Vaquero y Orlando Alba colaboraron en estas obras engarzadas, como veremos, en el *Atlas Lingüístico de Hispanoamérica*.

[31] *Ibidem*.

[32] "Ante el *Atlas Lingüístico de México*", *NRFH*, XXXIX, 1991, 2, págs. 665-687. También publicó sobre el ALM, un artículo-reseña en la revista crítica de libros *Saber Leer*, n.º 49, noviembre 1991, *México en mapas lingüísticos*, págs. 6-7.

[33] Quizás el esfuerzo que está detrás de cada mapa sintético se pudiera reflejar en un comentario al mapa, redactado por su elaborador, tal como se hace en el *Atlas Linguarum Europae*: ese comentario permitiría aligerar la representación cartográfica.

[34] Sobre la gestación del *Atlas Lingüístico de México*, véase de José G. Moreno de Alba, *El español en América*, México, FCE, 1988, el capítulo IV. *Zonas dialectales y atlas lingüísticos*, especialmente las págs. 126-135.

[35] "El Atlas Lingüístico de México", *Lingüística Española Actual*, XIII/2, 1991, págs. 153-171. La cita es de la página 159. En este interesante trabajo se da información sobre los encuestadores, los informantes, la selección de puntos, la metodología de encuesta y la lectura de los mapas.

En 1985 Alvar y Quilis encuestaban Cuba para el ALH. Dos años antes, en el *Anuario* del Instituto de Literatura y Lingüística de La Habana escribía Raquel García Riverón sobre el futuro *Atlas Lingüístico de Cuba* [36]. Influencias y formación en los países del ex-Este se dejaban ver: Marius Sala preparó un primer cuestionario para la isla en 1967; G. V. Stepanov formó alguna generación de lingüistas cubanos, y R. Ya. Udler, de la Academia moldava, les dictó un seminario de Geografía Lingüística. También Alvar y Quilis acogieron en el CSIC de Madrid a las profesoras cubanas que preparaban las tareas del atlas.

Este proyecto se caracteriza por una orientación "normativa", en el sentido de que insiste en la posible utilidad de los resultados de un atlas de este tipo para la enseñanza del español como lengua materna y como lengua extranjera. García Riverón hace hincapié en la necesidad de coordinarlo con los restantes atlas lingüísticos del dominio hispánico [37] y propone ampliaciones, reflejo de la influencia metodológica de los países del ex-Este, como incluir en el léxico la investigación fraseológica (tal como se hizo en Ucrania) y la de las voces obscenas (siguiendo el ejemplo de Puşcariu en el suplemento al *Atlas de Rumanía*). Partidaria de dar a la empresa una dimensión sociolingüística y etnográfica y de trabajar en las ciudades, incluye también en el proyecto el estudio de la toponimia. Las últimas noticias sobre el ALCu, de 1991, señalan la inclusión de cuestiones para estudiar lenguaje gestual. García Riverón habla de más de 20 encuestas terminadas [38], aunque algunas cuestiones metodológicas resultan ciertamente confusas.

Como empresas no directamente vinculadas con el ALH se presentan las de Argentina y Uruguay, con puntos de contacto entre sí, aunque muy diferentes.

[36] Raquel M. García Riverón, "En torno al *Atlas Lingüístico de Cuba*", *Anuario L/L*, 14, 1983, págs. 73 y sigs.

[37] *Ibidem*, pág. 78.

[38] "El *Atlas Lingüístico de Cuba*", *Lingüística Española Actual*, XIII/2, 1991, págs. 199-221.

El *Atlas Diatópico y Diastrático del Uruguay,* cuyo proyecto se publicó en 1989 [39], supone un enfoque innovador y parece debatirse entre las concepciones teóricas asumidas por su equipo, la realidad y las limitaciones inevitables que conlleva el trabajo en sí. El ADDU —lo dice su nombre— trata de conjugar lo diatópico y lo diastrático. Su primer epígrafe resulta un buen vehículo del ánimo de sus directores: "Un atlas lingüístico moderno para un país joven", donde se ve la inquietud por englobarlo todo en la tarea geolingüística.

El equipo es binacional: colaboran la Universidad de Montevideo y la Universidad de Maguncia. Las encuestas empezaron en marzo de 1989. Respecto a los atlas europeos y su metodología, el ADDU, en comparación, renuncia de antemano a lo etnográfico "en su mayor parte", y las razones presupuestarias que se aducen en este sentido no parecen determinantes. Más bien se trata de un cambio de enfoque. Por otra parte, el ADDU nace con voluntad de integración en el ALH, como se explicita de hecho, y con ese propósito mantiene en su cuestionario 626 preguntas de las 1.416 del atlas de gran dominio [40].

Dos preocupaciones básicas están presentes en los planteamientos previos: la gran movilidad demográfica en el país y el deseo de investigar las zonas bilingües del norte de Uruguay. Entre sus prioridades destaca la voluntad de reflejar en la obra la variación interna y la externa. Esta última "se determinará por la comparación de los hechos lingüísticos uruguayos con los del español de la cuenca del Plata, del español americano y europeo y de la Romania en su totalidad" [41].

La variación interna se aborda desde la idea de una dialectología multivariacional, tal como la concibió Coseriu, si bien apuntan sus directores "sabiendo nosotros que, en la práctica este fin es inalcanzable", desde el momento en que muchos de los rasgos variacionales ni siquiera se han identificado. Difícilmente, pues, podrán tenerse en cuenta en un cuestionario estructurado. En cuanto a la diatopía, esperan una relativa inestabilidad, dadas las características del país y la continuada y aún reciente absorción de inmigrantes. Por otra parte, la certeza del mantenido contacto histórico lusohispánico de las tierras del Norte motivó la necesidad de dos cuestionarios distintos. El cuestionario portugués se completa con unas 20 preguntas específicas y la parte de gramática se adapta. Se advierte en los planteamientos del atlas gran preocupación por determinar el grado de estabilidad de las varie-

[39] Harald Thun, Carlos E. Forte, Adolfo Elizaincín, "El Atlas Lingüístico Diatópico y Diastrático del Uruguay (ADDU). Presentación de un proyecto", *Ibero-Romania,* 30, 1983, págs. 26-62.
[40] *Ibidem,* pág. 33.
[41] *Ibidem.*

dades mixtas del Norte, aunque se den los problemas inherentes al contacto de lenguas. Son conscientes sus autores de que allí "la relación entre elementos españoles y luso-brasileños depende en las conversaciones de factores diafásicos", informaciones que difícilmente resultarán cartografiables.

En realidad, por razones de tipo práctico muchas de las variables que habrían querido considerar se quedan en el camino: no se estudia la diferencia entre hombres y mujeres; sólo se distinguen dos grupos generacionales y dos clases, "baja y alta", con las fluctuaciones que el concepto "clase alta" pueda sufrir de unas comunidades a otras [42].

En principio, podría plantear problemas el criterio de selección de informantes, menos estricto que en otros atlas, por las dificultades de hallar población estable. ¿Se puede considera informante representativo de una localidad a una persona por el hecho de haber vivido cinco años en el lugar? Parece dudoso, por mucha movilidad geográfica que se dé.

Una innovación del ADDU está en que se adscribe a la "dialectología relacional, disciplina de la lingüística del distanciamiento". Su reflejo se traduce en la investigación sistemática del conocimiento que los hablantes tienen de formas pertenecientes a otras variedades. Parten sus directores de que "una de las funciones esenciales de las variedades consiste en señalar la pertenencia a un grupo o la exclusión de un grupo" [43], pero quizá la referencia continua a lo largo de la encuesta a otras variedades, en una época como la nuestra de fáciles comunicaciones, interfiera en la autenticidad de la entrevista y pueda impulsar a *poses* lingüísticas que acerquen al informante a lo que considera prestigioso.

El ADDU proyecta publicar, además de sus mapas, un manual, unos índices, unas concordancias y una colección de textos orales. Interesante e innovador en su concepción y bien preparado en el apoyo a la encuesta de campo, habrá que esperar para ver cómo cuajan en mapas los distintos niveles, la problemática de las zonas bilingües y de contacto, y la labor de equipos con distinta formación [44].

En 1987 se editaron los *Documentos del Predal Argentina* dedicados al *Atlas Lingüístico Antropológico de la República Argentina.* Al presentarlos, su directora Ofelia Kovacci explica que sólo recogen "resultados provisionales, que han de servir de punto de partida a la segunda etapa de la

[42] Como ya señaló Rocío Caravedo para el Perú, en "El Perú en el Atlas Lingüístico Hispanoamericano", *Lexis,* XI, 2, 1987, págs. 165-182.
[43] "El Atlas Lingüístico Diatópico ...", cit., pág. 38.
[44] Thun da más información sobre el ADDU en su reciente artículo publicado en Palermo.

BIBLIOTECA FACULTAD DE LETRAS GRANADA SECCION DE REVISTAS

investigación" [45], pero, además de otros, interesa aquí el artículo de Guillermo F. Ogilvie, por tratarse de una definición de la empresa. Su título es "El proyecto del Atlas Lingüístico Antropológico de la República Argentina dentro del marco del Plan Nacional de Alfabetización" [46]. Se explica en él que el Atlas surge enmarcado en el Plan Nacional de Alfabetización, obra de la Comisión Nacional de Alfabetización y Educación Permanente, creada en el 84 y que, en dos años, consiguió poner en marcha más de 10.000 centros de educación permanente. Parte importante del plan es el establecimiento del tipo de lengua que se utilizaría para integrar, al tiempo que el estudio de las variedades lingüísticas regionales. La desigualdad de la bibliografía argentina, muy prolífica en estudios monográficos, pero con falta de estudios generales, hizo que se encargara del ALARA a un equipo de lingüistas, sociólogos y antropólogos, dirigidos por Ofelia Kovacci.

En su concepción está su utilidad futura para establecer "una verdadera política de enseñanza de la lengua", y esto lo hace en cierto modo distinto de otras tareas de geografía lingüística. Por otra parte, no se plantea como un atlas etnográfico, pero sí antropológico, lo que sin duda será enriquecedor para la parte propiamente lingüística.

El cuestionario definitivo —unas 1.500 preguntas— se hará con seis informantes por localidad: tres hombres, tres mujeres, diferenciando tres grupos de edad. Se incorporan así las variables de sexo y edad en un solo nivel. También se pensaba utilizar la encuesta colectiva, para recoger muestras de habla espontánea. La red estaría formada por 1.000 puntos.

El equipo del ALARA ha decidido hacer la encuesta de forma indirecta y ya señalamos que es en ello donde su vinculación con el *Plan* puede conllevar algún riesgo metodológico. Las encuestas se harán en los centros de alfabetización; las harán los alfabetizadores y utilizarán como material de apoyo la *Cartilla de Alfabetización*. Pero cabe preguntarse hasta qué punto interferirá negativamente el hecho de que los informantes estén implicados con los encuestadores mismos en un proceso de aprendizaje en el que, precisamente, utilizan esa *Cartilla*.

Se da como garantía el hecho de que las encuestas se graban, lo que siempre permitiría el acceso a los materiales primeros. Ojalá se haya encontrado la forma de unificar la encuesta en sí y el modo de preguntar, para que los datos de 1.000 centros distintos, recogidos por otros tantos alfabetizadores, permitan su cartografiado. Es de esperar que, en el momento actual, muchas de las dificultades primeras hayan sido salvadas en la segunda etapa del tra-

[45] *Documentos del Predal Argentina. 2. Atlas Lingüístico-Antropológico de la República Argentina*, Buenos Aires, 1987.
[46] *Ibidem*, págs. 4-13.

bajo. Los materiales del ALARA serán, sin duda, valiosos para los objetivos del *Plan de Alfabetización* y para conocer la "división dialectal" argentina, como paso previo a las labores del ALH y de los futuros atlas regionales [47].

En algunas ocasiones se ha creído imposible la labor de un atlas lingüístico para todo el español de América. En los estudios introductorios al *Cuestionario* del ALH, Alvar aludía al hecho de que, a pesar de sus limitaciones, la geografía lingüística es la única metodología capaz de proporcionar uniformidad y coherencia en la recogida de materiales, de ahí que se presentase como la única válida para obtener una información veraz y comparable sobre toda Hispanoamérica. Con el ALH no se trata de hacer nada pretencioso, será un atlas "general y sintético" y perseguirá "las anchas capas generales y poco más". Posible es, porque estamos en la época de los "macroatlas o atlas de macrosistemas", como el de Europa, el Mediterráneo o el más reciente de la Romania. Mientras lingüistas de lenguas diferentes se unen para trabajar en otros países, aquí se tiene "la ventaja de pertenecer a una sola lengua, aunque vaya a suscitar infinitos problemas de lenguas en contacto" [48].

Al principio Alvar y Quilis empezaron las encuestas sin financiación estable, buscando colaboradores en las universidades y los centros de investigación de cada país americano. Juntos encuestaron en Cuba en 1985 y, más tarde, Alvar trabajó con María Vaquero en Puerto Rico y, en la República Dominicana, Orlando Alba ayudó a establecer conexiones en los puntos seleccionados. En este último país Alvar acabó en solitario las encuestas en el 87 y, ya un año antes, María Vaquero había terminado las de Puerto Rico y las islas próximas, las Antillas menores de habla española y las que hablan papiamento. En el 87, Quilis acabó Cuba y, entre el 88 y el 89, los dos investigadores reunieron los materiales de América Central, mientras Rocío Caravedo, a pesar de las dificultades, avanzaba las encuestas en el Perú.

Desde 1988, el *Atlas Lingüístico de Hispanoamérica* cuenta con ayuda de la CICYT española (PB88-0043 y PB91-0073), lo que ha permitido un trabajo continuado. En estos momentos, está adelantado el de Bolivia, por parte de Quilis, que ha terminado los puntos de Ecuador (donde Alvar hizo también alguna encuesta esporádica). Este último investigador ha encuestado Texas, Nuevo México y la Luisiana [49]. A finales del 92 ha emprendido también

[47] En el caso argentino los problemas metodológicos parecen derivarse de la necesidad de unir proyectos distintos para rentabilizar los esfuerzos económicos. Los primeros artículos que se redactaron dejan entrever el amplio campo que abarca el ALARA: problemas de bilingüismo, de sustrato y adstrato, la consideración social de determinados rasgos; problemas de actitudes, información sobre léxicos específicos y una descripción del español de la República Argentina en su conjunto.
[48] Manuel Alvar-Antonio Quilis, *Atlas Lingüístico de Hispanoamérica. Cuestionario*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1984, págs. IX-XXVIII.
[49] Hay datos en la *addenda* que Alvar puso, en abril de 1989, a su trabajo del 87 "Proyecto de un atlas lingüístico de Hispanoamérica", hoy incluido en las págs. 439-

las encuestas para el ALH en Argentina y Chile[50]. Con Juan M. Lope Blanch ha organizado las tareas en México, donde los investigadores del Colegio de México han iniciado ya los trabajos de campo, y Alvar los del norte de la República.

La situación de las distintas zonas supone un gran avance en el estado de la investigación, pero el ALH no se ha ideado con hechura de atlas inmanejable. Las tareas se van terminando por zonas, dependiendo de la financiación, las facilidades, y la disponibilidad misma de los investigadores, y por zonas se irán publicando los resultados. Los ya obtenidos sufren en este momento la codificación obligada y el cartografiado automático que imponen las nuevas técnicas de trabajo, y que no siempre agilizan la edición. Pero, aunque haya pequeñas diferencias de tiempo entre las encuestas de las distintas zonas, el ALH mantendrá siempre la ventaja de un cuestionario común, lo que hará un verdadero macroatlas de estos atlas "zonales". Lo que en tiempos de Navarro Tomás y de Rona podía parecer una labor excesiva, hoy parece sólo una gran tarea.

Entre los atlas americanos los hay más próximos en su concepción a los europeos: *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Colombia, Atlas Lingüístico y Etnográfico del Sur de Chile*; con ciertas conexiones, como el de la República Argentina; otros con voluntad de integración y de innovar a un tiempo, como el ADDU, y también totalmente particulares, como el de México. En las últimas empresas irrumpe con fuerza la innovación teórica, que les da un giro sociolingüístico ya esbozado en los trabajos geolingüísticos más tradicionales. Esta incorporación de presupuestos teóricos nuevos no excluye la necesidad de asumir la metodología más asentada, donde los atlas pueden aprovechar las experiencias de los europeos y facilitar el estudio comparado. Lo fundamental es que, admitiendo lo innovador, no se pierda la visión espacial, tan necesaria todavía hoy para caracterizar y comparar el español de las distintas zonas de América. Para estudiar sistemáticamente otros niveles de lengua, está la gran tarea coordinada de la norma culta[51].

De fondo, el macroatlas que trazará a grandes rasgos la personalidad lingüística de Hispanoamérica, el que le va a dar documentos vivos para conocerse en su conjunto y para crear nuevos atlas: los nacionales y los regionales. En pocos años, el conocimiento del español de América será radicalmente distinto: con el ALM se publicarán el ADDU, el de Argentina, probablemente los atlas regionales mejicanos y los atlas parciales que formarán el *Atlas Lingüístico de Hispanoamérica*. Tendrán que venir después los atlas de pequeño dominio y convendrá que intenten nuevos caminos, manteniendo en común lo esencial. Con ello habrá que esperar un trabajo entusiasta sobre tantos materiales hoy inexistentes y, además, todo el español se podrá estudiar con una coherencia metodológica que lo vincule a las grandes empresas geolingüísticas.

456 de sus *Estudios de geografía lingüística*, Madrid, Ed. Paraninfo, 1991. En las primeras encuestas de Luisiana participaron también Elena Alvar, Samuel G. Armistead, Arnulfo Ramírez y Pilar García Mouton. La última información publicada aparece en Antonio Quilis, "Situación actual del Atlas Lingüístico de Hispanoamérica", *Lingüística Española Actual*, XIII/2, 1991, págs. 269-271, que presenta en este mismo volumen de la *RFE* un trabajo con Matilde Graell Stanziola sobre *La lengua española en Panamá*.

[50] Realizadas 13 encuestas.

[51] *Vid.* Juan M. Lope Blanch, *El estudio del español hablado culto: Historia de un proyecto*, México, UNAM, 1986.